



VIDAS SEMBRADAS

Me dispongo a la oración con estos textos

En el orden humano, lo natural es dar la primacía al «número» (dinero, habitantes, soldados, fábricas, venta nacional, socios...), mientras que Nuestro Señor Jesucristo, con el orden sobrenatural, vino a traernos la primacía de la «función» (humildad, vaso de agua, sacrificio, desinterés, grano de trigo, cruz...), enseñándonos que la importancia principal no reside en la cantidad (número) de lo que se hace, sino en el «cómo» se hace (función) (Rovirosa, OC, T.V. 412).

El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día. No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido en el pasado e instalarse, y disfrutarlo como si esa situación nos llevara a desconocer que todavía muchos hermanos nuestros sufren situaciones de injusticia que nos reclaman a todos (FT 11).

A lo largo de todo este año hemos vivido la experiencia de la vida entregada y sembrada de muchas hermanas y hermanos nuestros. Hemos experimentado cómo sus vidas han sido grano de trigo que cae y muere, para dar mucho fruto. En la gratitud por sus vidas, experimentamos nuestra responsabilidad de dar fruto. Desde la gratitud por sus vidas y su testimonio, oro.





*Solo los que habían creído en el amor,
mediante su pasar entre ellos
haciendo el bien y curando a los oprimidos
por el mal,
pudieron verlo resucitado
con los mismos ojos de amor
con que lo habían mirado antes de su muerte.
Testigos
de un amor venido en carne,
sin negar ni despreciar las debilidades
y contradicciones de la carne.
Es el único
que puede poner en nuestros corazones
esa fuerza constante de renovación
que salta hasta la vida eterna.*

(A López Baeza)

Escucho la Palabra

Jr 31, 31-34: Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.

Sal 50, 3-4.12-15 Oh, Dios, crea en mí un corazón puro.

Hb 5, 7-9: Aprendió sufriendo a obedecer.

Jn 12, 20-33.- Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo



Entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por

esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre».

Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo». La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Palabra del Señor



Medito y contemplo

Las lecturas de este domingo, último de Cuaresma, nos ponen ante algo por comenzar, ante algo nuevo: el comienzo de la vida eterna, de la glorificación de Jesús, del fruto esperado; ante la meta del camino recorrido durante este tiempo, que se vislumbra cercana.

El final está asociado a un comienzo. Una vida sembrada, que fructifica. Queremos ver a Jesús es la petición de los griegos a Felipe. Y la respuesta de Jesús ante esa petición es parecida a la que da a los discípulos de Juan, cuando le preguntan dónde vive. Entonces es una invitación: Venid y lo veréis. Ahora Jesús ofrece la invitación completa: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo...

También nosotros a lo largo de nuestra vida hemos hecho esa misma petición: Quisiéramos ver a Jesús. Quizá muchos hermanos y hermanas que se nos acercan o nos encontramos en el trabajo y la vida de cada día también formulan esta petición y nos la trasladan, para que, como Felipe, la hagamos llegar al Señor.

En medio de nuestra vida cotidiana, de nuestras alegrías y tristezas, de nuestras luchas y esperanzas, en las fábricas y talleres, en los despachos y en nuestras casas... quisiéramos ver a Jesús. Nos piden poder ver a Jesús en esa realidad cotidiana.

Quisiéramos verle. Y Jesús nos dirá que la manera de verle es seguirle: el que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor. Y nos dirá que en ese seguimiento no podemos dejar nuestra vida a un lado. A Jesús le seguimos con toda nuestra existencia, sin guardarnos nada, dispuestos a gastar la vida, a sembrarnos; dispuestos a dar fruto, aunque no lo veamos o gocemos. Convencidos de que la siembra fructifica si se hace por amor y para amar.

Quisiéramos verle. Y Jesús nos dice que no se puede engendrar vida sin dar la propia, sin gastarnos del todo para que otros puedan vivir. No hay vida posible si no nos desvivimos. No hay vida si no reproducimos en nuestra existencia la misma entrega total de Jesús.

El camino de nuestra Cuaresma nos pone, ahora, frente a frente con nuestro seguimiento. Lo hace en la hora decisiva, en la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre; lo hace en el momento en que no cabe más que la absoluta sinceridad de nuestra respuesta, la absoluta sinceridad de nuestra conversión.

Si hemos llegado hasta aquí, hasta este momento denso de la existencia de Jesús y de nuestra propia vida, solo cabe renovar nuestro deseo de seguirle, de sembrarnos, de ofrecer nuestra vida, de reconocer nuestras limitaciones, de pedir su gracia, de experimentar su amor y confiar en él.

Si hemos llegado hasta aquí es para recorrer con Jesús las etapas finales de su vida humana y culminar con él nuestra propia encarnación. En ellas le contemplaremos. En ellas le seguiremos... o volveremos a abandonarlo.



Oro

PARÁFRASIS DE CARLOS DE FOUCAULD

Padre:

*me pongo en tus manos·
Haz de mí lo que quieras·
Sea lo que sea,
te doy las gracias·*

*Estoy dispuesto a todo·
Lo acepto todo
con tal que tu plan vaya adelante
en toda la humanidad y en mí·*

*Ilumina mi vida con la luz de Jesús·
No vino a ser servido,
vino a servir·*

*Que mi vida sea como la de Él,
servir·
Grano de trigo
que muere en el surco del mundo·
Que sea así de verdad, Padre·*

*Te confío mi vida·
Te la doy·
Condúceme·
Envíame aquel Espíritu
que movía a Jesús·*

*Me pongo en tus manos,
enteramente,
sin reservas,
con una confianza absoluta
porque Tú eres...
MI PADRE·*



Actúo

A las puertas de la Semana Santa, Vuelve a orar desde tu proyecto de vida. ¿Cómo crecer en tu seguimiento, en tu fidelidad a Jesús? ¿Cómo seguirle en esta historia humana concreta? ¿Cómo seguir viéndole en los crucificados de nuestro mundo? Concreta tu compromiso.

Y concluyo ofreciendo, junto a Jesús, mi propia vida.

*Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...
María, madre de los pobres...*